



Marialba Pastor

“La prohibición del sacrificio humano en la Nueva España”

p. 223-240

*Religión, poder y autoridad en la Nueva España*

Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar  
(edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2004

446 p.

Mapas, cuadros, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 72)

ISBN 970-32-1893-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/439/religion\\_poder.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/439/religion_poder.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



V

PRÁCTICAS DISCUTIDAS Y SANCIONADAS POR LA IGLESIA



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA PROHIBICIÓN DEL SACRIFICIO HUMANO EN LA NUEVA ESPAÑA

MARIALBA PASTOR  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La prohibición del sacrificio humano fue un elemento importante que coadyuvó a la expansión del cristianismo por el mundo. El hecho fue revolucionario porque aunque en la India y el Próximo Oriente existían sectas que también lo prohibían, todavía en el siglo IV, d. C., esporádicamente lo acostumbraban algunos denominados paganos, y más frecuentemente los bárbaros invasores del Imperio romano. Además de reprobar el sacrificio humano, los cristianos condenaron el abuso de los sacrificios sangrientos de animales y lo limitaron a fiestas extraordinarias.

### *La superación del sacrificio humano*

En 381 el emperador Teodosio logró la unidad de la Iglesia cristiana y emitió un edicto en el que señaló que todo aquel que realizara sacrificios sangrientos, diurnos o nocturnos, o que hubiera utilizado un altar en esos actos criminales, sería castigado con la proscripción. El Código Teodesiano, compilado en el año 438, empieza, precisamente, condenando las antiguas formas de sacrificio. Estas prohibiciones se unen a la ya para esos momentos extensa tradición de crítica a los judíos por acostumbrar todavía el sacrificio del cordero pascual y por haber sacrificado al mismo Cristo. De este modo, el sacrificio sangriento se convirtió en la piedra de toque para distinguir a los cristianos de los paganos y herejes, a tal grado que en algunas regiones se exigía la práctica de sacrificios cruentos para demostrar que se era opositor a los cristianos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> John Holland Smith, *The Death of Classical Paganism*, London-Dublin, Geoffrey Chapman, 1976, p. 145-165.

Cuando los españoles desembarcaron en América, hacía poco más de cien años que en Europa había concluido el proceso de conversión de los bárbaros al cristianismo. Este proceso había sido violento y sangriento, y había mostrado lamentables regresiones a los sacrificios humanos. Quizá una de ellas podía observarse en el establecimiento de la Inquisición para perseguir, castigar, torturar y quemar en ceremonia pública a los herejes, las brujas, los hechiceros y otros transgresores que alteraban el proyecto de unidad cristiana.

Quienes habían estudiado en alguna universidad española y, sobre todo el clero, conocían el significado que tenían los sacrificios humanos y los sacrificios cruentos en el proceso de cristianización. Así constaba en las principales lecturas que hacían estos hombres: en la Biblia, en la obra de Aristóteles, en San Agustín y en libros de historia y teología cristianas que daban cuenta pormenorizada de todas las experiencias de lucha de los cristianos contra los pueblos paganos, herejes e infieles, entre los cuales la mayoría realizaban sacrificios de animales y, como ya lo mencionamos, esporádicamente, sacrificios humanos.<sup>2</sup>

Si colocamos la obra del teólogo y jurista español Juan Ginés de Sepúlveda, el famoso *Democrates Alter*, en este contexto, como formando parte del *corpus* de documentos descriptivos de la realidad precristiana, podemos entender porqué, para él, la razón primordial que justifica la guerra de Conquista es que los indígenas practiquen el sacrificio humano y la antropofagia.<sup>3</sup> Actos de tal naturaleza son, para Ginés, intolerables y para erradicarlos hay que destruir las instituciones prehispánicas, cambiar su gobierno y su religión, borrar sus costumbres e imponer la paz. Según Ginés, no se puede esperar nada “de hombres que estaban entregados á todo género de intemperancia y de nefandas liviandades” y que comían carne humana,<sup>4</sup> pues esas maldades pertenecían a los más feroces y abominables crímenes; excedían toda la perversidad humana. En consecuencia: era necesario aplicar métodos rudos de prohibición de las antiguas costumbres: todo el rigor de la guerra.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 5-10 y Carmen Bernard y Serge Gruzinsky, *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

<sup>3</sup> “No es, pues, la sola infidelidad la causa de esta guerra justísima contra los bárbaros, sino sus nefandas liviandades, sus prodigiosos sacrificios de víctimas humanas, las extremas injurias que hacían a muchos inocentes, los horribles banquetes de cuerpos humanos, el culto impío de los ídolos.” Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 133.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 105.

A la inversa, a Bartolomé de las Casas le interesa hacer de la conversión de los indios un proceso suave, no violento, sino cristiano. Para Las Casas, los sacrificios humanos también son inaceptables y es necesario modificar las estructuras sociales en los que ocurren; sin embargo, son una señal evidente de la intensa relación de los indios con los dioses y no es posible calificar de malvados a los hombres que los practican porque el Demonio, al tenerlos sujetos y esclavizados, los ha obligado a ello. Para Las Casas, los sacrificios humanos son la prueba de la elevada capacidad religiosa de esta gente, máxime cuando los indios tenían el valor de ofrecer en sacrificio hasta a sus propios hijos.

Las Casas recuerda que en el pasado otras naciones gentiles también sacrificaron seres humanos y, aunque los sacrificios de las naciones prehispánicas las aventajaron por su cantidad, diversidad y multitud, hay pruebas de que esos antiguos pobladores tenían un más claro y sutil juicio de razón, un mejor entendimiento y eran más comedidos y religiosos para con Dios. Estas pruebas son: su devoción al sacrificio, las variadas ofrendas que acostumbraban hacer, y el hecho de sacrificar seres animados e inanimados durante el día y la noche, todos los días, y más aún los días de fiesta. También son prueba de su fervor los ayunos, sufrimientos y penitencias que hacían antes de las grandes y ostentosas procesiones y fiestas; y los ritos y ceremonias que implicaban los distintos sacrificios.<sup>5</sup> Todos estos actos visibles, así como la interpretación de algunas señales, como la presencia de diosas-madres semejantes a María o de un dios como Quetzalcóatl que prohibía los sacrificios humanos y que en mucho se asemejaba a Cristo, eran para Las Casas pruebas suficientes e irrefutables de que las almas de los indios podrían salvarse.

Las Casas sabía que el éxito del cristianismo en Europa había obedecido en parte a su propuesta de solidaridad y hermandad entre todos los hombres y a la transmisión de su poderoso sentimiento comunitario. Ya San Agustín, en *La ciudad de Dios*, había sostenido

<sup>5</sup> "Fue tanta y tal la religión y el celo della y devoción a sus dioses, y con tanta observancia y tan rigurosa, celebrada y conservada con ritos y sacrificios tales y tan costosos y ásperos, aunque con summa alegría y promptísima voluntad ejecutados y cumplidos, sin que óbviese, por mínima que fuese, alguna falta, la que hobo en la Nueva España, que considella es cosa para espantar, y también para poner temor a los que somos cristianos cuando no agradeciéremos a Dios habernos benignamente dado religión y ley tan suave y sacrificio tan sin costa, tan fácil, tan digno, sancto, puro, limpio, deleitable, con cuya cotidiana y ligera oblación cada hora se nos aplaca, y por los méritos del Cordero sin mácula que le sacrificamos, nos concede remisión de nuestros grandes pecados." Bartolomé de las Casas, *Los indios y Nueva España*, México, Porrúa, 1999, p. 82.

que Dios no quería los sacrificios de animales al modo que los ofrecen los ignorantes para complacerlo o divertirlo; tampoco tenía necesidad de bienes terrenales porque éstos ya son de él, el orbe es suyo, lo que Dios quería era alabanza y cumplimiento de las promesas para liberar a los hombres. Quería que los seres humanos vivieran justa y sanamente, que fueran benignos y misericordiosos, prontos y dispuestos a servir y agradar a Dios.<sup>6</sup>

Por haber superado el sacrificio humano y haber limitado los sacrificios sangrientos, los cristianos se presentaron ante el mundo como portadores de una religión superior —superior porque había superado la condición de los bárbaros, es decir, porque había logrado una relación más civilizada con la muerte. Dicen los cronistas que el sacrificio humano tenía esclavizados a los indios y lo dicen porque sus formas de sacrificio expresaban el alto grado de sometimiento impuesto por sus dioses o por la Naturaleza. De ahí que los cronistas vieran en ellos más que dioses, diablos. Esto lo podemos comprender mejor hoy porque sabemos que las formas antiguas de sacrificio expresaron la capacidad humana de dominar la muerte, de dominar al mal, a la Naturaleza amenazante, violenta y agresiva. Dicen los españoles que a su llegada los indios ya estaban cansados de todo lo que les mandaba el Demonio, del vasallaje al que estaban sometidos y que su misión fue librarlos de esta servidumbre, lo cual —según algunas crónicas— los indígenas agradecieron.

Con el cristianismo, la relación con Dios, que es relación con la Naturaleza, omite la muerte violenta y promete la muerte en paz para la salvación eterna. En la medida en que en el cristianismo Dios no consiente el asesinato o el suicidio y se debe esperar su voluntad hasta la hora de la muerte, la relación con la Naturaleza, con la vida material, la relación de los cristianos con lo divino adquiere otro sentido. Esta humanización cristiana resulta de hacer descender a Dios en el hombre y al hombre en el mundo. Los hombres son hechos a imagen y semejanza de Dios para gozarlo y venerarlo. Los hombres participan de la naturaleza divina. Dios penetra en ellos, pero, además, el propio Dios se hace hombre en Cristo y sufre todas las desgracias hasta el último sacrificio. Jesús se ofrece por la humanidad entera a su Eterno Padre. Para quienes quedan en la Tierra, la imitación de la vida del Salvador, la veneración de su sacrificio y el intento de reproducirlo son lo que le da sentido a la vida y la muerte. Al alabar a

<sup>6</sup> San Agustín, *La ciudad de Dios*, México, Porrúa, 1975, p. 213.

los pacíficos, a los débiles y a los humildes y al premiarlos con la entrada al paraíso, el cristianismo realizó una inversión radical de los valores. Los guerreros, los poderosos y los acaudalados, que eran adorados por las comunidades precristianas y prehispánicas, quedaron en entredicho, por lo menos a nivel doctrinal.

### *La prohibición del sacrificio humano*

Los españoles sabían que el sacrificio era el centro que articulaba la sociedad mexica, del mismo modo como sabían que el centro articulador de los cristianos era el sacrificio de Cristo, el último de los sacrificios humanos para la redención de la entera humanidad. El que en todos los cronistas encontremos reiteradas referencias a los sacrificios prehispánicos y, en algunos casos, minuciosas descripciones, responde al horror y al asombro que les causaron, pero también al conocimiento de su importancia central. El séptimo libro de la obra del fraile franciscano Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana* —escrito en Nueva España a principios del siglo XVII—, es un tratado sobre el sacrificio como pocos existentes, aunque tuviera como antecedente las extensas referencias que hicieran Las Casas, Motolinia, Sahagún o Mendieta a los ritos y costumbres de otros pueblos a lo largo de la historia y en especial a los de las comunidades mesoamericanas. Aquí, al igual que otros soldados y misioneros españoles, Torquemada reprueba el sacrificio humano, pero se esfuerza por ubicarlo en su dimensión histórica universal y por explicar sus fundamentos sociales.

Torquemada dice que el sacrificio es “de suyo bueno”. Según él, todas las naciones del mundo han reconocido que hay Dios superior en todas las cosas, del cual necesitan para ser ayudadas y socorridas. Para acallar su furia, para evitar la muerte y librarse de la adversidad, los hombres le ofrecen a Dios sacrificios y quedan siempre en deuda con él por la vida que les concede. Por ello, una vez que los pueblos paganos superaron el sacrificio humano, éste se continuó en el sacrificio del cuerpo y sangre verdadera de Cristo; porque la nueva ley entró junto con un nuevo modo de sacrificar que fue “ofrecer en el altar a Cristo en sacrificio.”<sup>7</sup> Los que nos

<sup>7</sup> Juan de Torquemada, “Libro séptimo”, v. 3, p. 141, en *Monarquía Indiana*, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.



preciamos de españoles y blasonamos ser más valiosos que los de otras naciones también hemos de reconocer —afirma Torquemada— que nuestros antepasados sacrificaron seres humanos por influencia de los fenicios y africanos, quienes enseñaron a aplacar a los dioses con sangre humana.

Sostiene Torquemada que el sacrificio es un medio por el cual los hombres agradecen los beneficios que obtienen. Es una prueba de la honra y reverencia que Dios les merece y una manera de pedirle las cosas necesarias para la vida. Pues si a los reyes temporales los hombres les hacen servicios de las cosas que trabajan, con más razón deben reconocer “por mayor y supremo en todo” al criador de todas ellas que es criador también de aquellos que las poseen. Por un instinto natural, los hombres saben que “todo su ser y vida, conservación y sustentación” se las deben a Dios.<sup>8</sup>

Además de reconocer que la historia humana puede leerse como un proceso de sustitución de unos sacrificios por otros y de ver en el sacrificio la acción y representación básicas del intercambio de dones, Torquemada observa en el sacrificio la función nodal de contener la violencia interna que pueden desencadenar algunos “hombres desatinados” y de permitir la unión de los hombres en comunidad. El sacrificio, y no solamente el sacrificio cristiano, es fuente de cohesión comunitaria. Aunque esta idea no la desarrolla extensamente, para Torquemada los sacrificios fueron permitidos para “evitar mayores males y locuras”, para que todos los miembros de una comunidad se reconocieran “sujetos y obedientes a Dios”,<sup>9</sup> y para que, siguiendo la ley natural, ofrecieran el sacrificio en común.<sup>10</sup>

Cuando Torquemada señala que la práctica del sacrificio es “ley natural”, está indicando que, en el origen de la formación de las comunidades, los seres humanos enfrentaron el mismo miedo a la muerte y a la catástrofe, los mismos problemas de reproducción y supervivencia y respondieron a ellos de modo similar. No obstante, Torquemada hace una distinción importante: las cosas que se ofrecen en sacrificio las determinan los hombres, las comunidades o las leyes o costumbres que rigen a éstas.<sup>11</sup> Es decir, las ofrendas y las prácticas del sacrificio varían de una cultura a otra. En este sentido, el Dios cristiano ni come ni bebe, porque esas son pasiones de

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 145.

la naturaleza humana de que están revestidos los hombres; “...Dios no padece esta falta y mengua, de quien sabemos que sin manjares vive.”<sup>12</sup> En suma, los sacrificios humanos son propios de la ciega gentilidad.

Indudablemente, la prohibición de las formas sacrificiales prehispanicas, sobre todo del sacrificio humano, y la limitación de los sacrificios de animales, significaron otra relación con lo divino que se reflejó en la vida; modificó por completo el mundo indígena, no sólo en lo que se refiere a la concepción del cosmos y la vida religiosa, sino a la vida cotidiana, a las relaciones económicas y sexuales y a la estructura de poder.

En el *Levítico* de la Biblia, Dios le revela a Moisés la ley del sacrificio, la cual tienen que acatar todos los israelitas. La ley consiste en la obligación de realizar cotidianamente una multitud de holocaustos, oblacones y sacrificios a Dios, y otros ante algún hecho excepcional como la circuncisión, el matrimonio o la muerte. Hay sacrificios eucarísticos para reafirmar la pertenencia a la comunidad y sacrificios para expiar los pecados. Todos ellos deben realizarse bajo rigurosas reglas y por ellos se establece lo que se debe comer, cómo, cuándo y lo que no se debe comer; lo cual tiene consecuencias en la domesticación y crianza de animales (reses, borregos, cabras, etcétera) y sobre el trabajo agrícola y el pastoreo. Si a ello añadimos que en las fiestas, o sea en los días de los grandes sacrificios, se entregan tributos a los gobernantes, se adornan los templos, se visten ropas especiales y los sacerdotes hacen gala de objetos preciados, resulta que las exigencias de Yahvé son las que promueven toda la actividad económica.<sup>13</sup>

Los sacrificios para obtener el perdón de Dios, por algún delito o pecado cometido, casi siempre están relacionados con el asesinato o con relaciones sexuales ilícitas que también se consignan en el *Levítico*. El elevado pago reclamado por Yahvé para obtener el perdón por tales faltas impuso la crianza masiva de animales. El problema fue que con este tipo de demanda los más ricos ganaderos, en la medida en que podían entregar al sacrificio más animales, podían cubrir con mayor facilidad sus deudas y pecar con más frecuencia. Más adelante, el judaísmo tuvo que hacer una corrección en la interpretación de lo que Yahvé reclamaba para impedir

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>13</sup> Véase, “Levítico”, p. 115-151, en *Sagrada Biblia. Versión directa de las lenguas originales*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969.

el relajamiento de las normas.<sup>14</sup> En este caso, al desaparecer o limitar la cantidad de sacrificios sangrientos, las relaciones sociales y las relaciones con la Naturaleza cambiaron radicalmente.

En la obra de Torquemada podemos constatar que los religiosos del siglo XVI se hacían la misma pregunta que hoy los antropólogos: ¿por qué el sacrificio es una constante histórica, por qué lo encontramos en todos los pueblos, en todos los tiempos, cumpliendo funciones similares tales como la cohesión comunitaria, la comunicación con lo divino, la imposición de un código moral, la pervivencia de una forma de jerarquización social, de tributación y reproducción económica? Como lo señalamos antes, para Torquemada la principal explicación es que todos reconocen la necesidad de un Dios que los auxilie y el sacrificio es el medio de retribuirle a Dios sus servicios, pero también porque el Demonio, el antidios, imitando al Dios verdadero, ha creado falsas iglesias por todo el mundo. Lo que explica que todos los pueblos de la historia sacrifiquen es el gobierno de fuerzas secretas, de misteriosas y profundas influencias. En el caso de los sacrificios precristianos esa fuerza misteriosa es el Demonio.

Para los cronistas españoles, la razón del sacrificio humano se debía a la presencia del Demonio que, al ser expulsado del Viejo Mundo por el Evangelio, se había ido a refugiar al Nuevo Mundo —la región más apartada de la tierra— para deshonorar a Dios y destruir a sus habitantes. El Demonio, o sea el Mal, es quien le ha dado una estructura universal a todos los sacrificios humanos y sangrientos. La muerte violenta del cuerpo responde al deseo del Demonio de apoderarse del alma para condenarla a tormentos y penas en las tinieblas porque odia a los seres humanos, se deleita en la crueldad de los sacrificios y disfruta ver derramar sangre humana. A diferencia del Dios único que unifica, el Demonio impone la diversidad, es, por lo tanto, la fuente del caos, de la adoración de muchos ídolos, del uso de muchas lenguas y costumbres; impide que haya algo en común, trabaja para que los hombres no se puedan comunicar.<sup>15</sup> De hecho, el Demonio no quiere que se reúnan en asamblea, que realicen la misa, la comunión entre hermanos.

<sup>14</sup> Véase, Barrington Moore, "Pureza e impureza morales en el Antiguo Testamento", p. 21-49, en *Pureza moral y persecución en la historia*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2000.

<sup>15</sup> Joseph de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias en que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 239-250.

Todavía en el siglo III los dioses oficiales del Imperio romano eran la divina familia de Júpiter que se identificaba con los dioses del Olimpo. Después, los cristianos apartaron a Júpiter y consideraron que merecía la muerte porque en realidad todos los miembros de su familia eran diablos, engendros del Demonio. Jesucristo se devoró a Júpiter junto con toda su familia de modo que sólo quedaron ruinas de sus altares.<sup>16</sup> Siglos después, los religiosos españoles comprobaban que el mismo Demonio que había engañado a griegos y romanos, lo había hecho con los indios, conminándolos a adorar a muchos dioses y objetos de la naturaleza y a hablarles a través de ellos.<sup>17</sup> De acuerdo con Sahagún, el Júpiter de Tenochtitlán es Tezcatlipoca y otros dioses mayores y menores se corresponden plenamente con el panteón romano.

Mientras exista Dios, ahí estará su anverso, el Demonio. El maniqueísmo — la radical separación entre el Bien y el Mal — asimilado por los cristianos a través de la obra de San Agustín, no va a admitir las ambivalencias de las religiosidades precristianas que, al igual que las prehispánicas, constituían el fundamento de la explicación del mundo y de la relación con la Naturaleza. En su *Tratado de hechicerías y sortilegios*, Andrés de Olmos sostiene que hay dos iglesias y congregaciones en este mundo: la iglesia católica y la iglesia diabólica.<sup>18</sup> En esta última sus creyentes no se reúnen en un único cuerpo. Frente a los sacramentos, el Demonio opone los execramentos: unos tipos de bautismo, de circuncisión, una manera de confesión, de matrimonio y comunión con sangre<sup>19</sup> que simulan ser divinas.

### *Sacrificio y sexualidad*

Ya que el Imperio español deseaba por igual riquezas y almas para el cristianismo, desde los primeros días de la Conquista se inició el proceso de sustitución del sacrificio humano por el sacrificio de Cristo. Las primeras ordenanzas e instrucciones dadas por Cortés a sus subalternos fueron que los indios no mataran gente “como lo

<sup>16</sup> Smith, *op. cit.*, p. 2-3.

<sup>17</sup> Acosta, *op. cit.*, p. 220-235, 248.

<sup>18</sup> Andrés de Olmos, *Tratado de hechicerías y sortilegios*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1990.

<sup>19</sup> Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana. Obra escrita a fines del siglo XVI*, México, Porrúa, 1980, p. 107-109.

solian facer, so pena de muerte”<sup>20</sup> y que, en el lugar donde acostumbraban realizar los sacrificios humanos, colocaran la imagen de la cruz, de María o algún santo. Así lo confirma también Bernal Díaz del Castillo cuando dice que “una de las cosas por que nos envió a estas partes nuestro gran emperador fue para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen”.<sup>21</sup> No obstante, la completa erradicación de los sacrificios fue imposible durante la época colonial. Cortés y Bernal narran la realización de sacrificios de españoles durante la conquista.<sup>22</sup> Posteriormente aparecen informes sobre sacrificios humanos ejecutados en lugares apartados o en la clandestinidad.

A diferencia de los dioses mayores y menores que gobernaban a los indígenas, el nuevo Dios, el Dios de los cristianos, doctrinalmente se presentó como omnipresente, omnipotente y omniabarcante. El cristianismo y su Iglesia tenían la capacidad de integrar todas las historias de los pueblos y todas las dimensiones imaginables de la realidad en una única historia: la historia de la salvación. Para los españoles, el presente, el pasado y el futuro de los pueblos mesoamericanos ya estaban narrados. Desde esa visión providencialista de la historia, desde el punto de vista de esa religión cuyo Dios es todopoderoso y no reclama sacrificios sangrientos, los cronistas relataron sus experiencias en las nuevas tierras. En esa historia lineal hacia la parusía, los pueblos mesoamericanos ocuparon el mismo lugar que los griegos y romanos: el de haber sido proyectados por Dios para preparar el camino del reino universal de Cristo.

Motolinia dice que lo primero que se les enseñó a los indios fue quién era Dios, intangible, invisible y todopoderoso, sin principio ni fin, creador de todas las cosas, de suma bondad y también quién era María; qué era la inmortalidad del alma y quién era el Demonio que los traía engañados.<sup>23</sup> Por supuesto, se enseñó que el valor del sacrificio de Cristo era superior, infinito y estaba por encima de

<sup>20</sup> Hernán Cortés, “Instrucciones dadas por Hernán Cortés a Francisco Cortés, su lugarteniente, en la Villa de Colima”, p. 368, en *Cartas y Documentos*, México, Porrúa, 1963.

<sup>21</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969, p. 77.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 327-328; Enrique Martínez Vargas, “Zultépec-Tecoaque. Sacrificios de españoles y sus aliados durante la Conquista”, p. 52-57, en *Arqueología mexicana*, México, v. XI, núm. 63 (2003).

<sup>23</sup> Fray Toribio Motolinia, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de Fray Toribio*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 65.



cualquier otro,<sup>24</sup> con lo cual se obligó a los indios a someterse a él, a negar los sacrificios precristianos, los sacrificios del Demonio, aunque a escondidas los indios los siguieran practicando.

La sustitución del sacrificio humano por el sacrificio de Cristo fue un proceso que a los religiosos españoles les tomó más de un siglo y que aún así nunca llegó a completarse, pues elementos de las religiosidades mesoamericanas afloraron una y otra vez, aunque lo sustancial de los antiguos cultos se erradicara. La conversión fue posible por las experiencias acumuladas en la lucha contra los paganos pero, sobre todo, por las múltiples coincidencias vistas o inventadas por los españoles entre los cultos de sacrificio romanos y mesoamericanos.<sup>25</sup> Una breve descripción del ritual romano quizá basta para encontrar esas analogías:

Para los romanos, las partes que contienen la chispa de la vida son: el corazón, el hígado y los riñones. El sacrificio se inicia con una procesión con el animal elegido o los animales elegidos que se llevan al templo del sacrificio. Ahí se entregan a los sacerdotes quienes inician la ceremonia. En el lugar donde se ofrecían estos sacrificios “se colocaba un altar de piedra delante del templo, o al pie de los escalones que conducían a él o a la entrada de la antecámara”. El máximo sacerdote, al cercenarle al animal la arteria principal, provocaba que la sangre saliera a borbotones. La dejaba correr libremente, la esparcía o la guardaba para un ritual posterior. En la mayor parte de los sacrificios, la carne de la víctima era consumida en el mismo sitio por los sacerdotes y por la gente que ofrecía el sacrificio. Era una ceremonia muy precisa, que no admitía errores y por la que se establecía una comunidad entre los creyentes y de estos con el dios. Esta muerte violenta era el principio de la vida, el engrandecimiento de dios para ganar de él salud, riqueza y protección.<sup>26</sup>

La mayor limitación de la visión cristiana de los sacrificios humanos mesoamericanos fue la permanente presencia del pasado pagano europeo. Sin embargo, eso mismo sirvió para sustituir a las víctimas sacrificiales por otras cristianas. El uso de símbolos indígenas en la nueva cosmovisión cristiana, como el chalchihuite (la

<sup>24</sup> San Agustín, *op.cit.*, p. 227; Franz J. Hinkelammert, *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*, Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1991, p. 21.

<sup>25</sup> La existencia de cajas parlantes u oráculos y del arte adivinatorio también coincidió con Roma. Asimismo las hagiografías y milagros, el que cada oficio tuviera a un dios protector o dioses menores, las ofrendas de sangre y oraciones y la quema de incienso y ofrendas de fuego. Véase Robert M. Ogilvie, *Los romanos y sus dioses*, Madrid, Alianza, 1969.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 50-63.

pedra verde de jade de la penitencia o del sacrificio) para indicar la preciosa sangre de Cristo, o las analogías entre Tula y Jerusalén y entre Quetzalcóatl y Cristo, son algunas muestras de la transición.<sup>27</sup> Si aceptamos que los mexicas sacrificaban con gran frecuencia, por todas partes, hemos de ver también que los cristianos se acompañaban siempre de la cruz, el símbolo del sacrificio, y recordaban su vida de sufrimiento y entrega por difundir la verdadera palabra de Dios; además que entre los cristianos también se celebraban fiestas para recordar el sacrificio y, asimismo, los buenos cristianos se detenían a honrar a Dios varias veces al día.<sup>28</sup>

Entre los paganos romanos no se buscaba el sufrimiento corporal que sí existía entre los indígenas mesoamericanos. Sin embargo, con el cristianismo, al suprimir el sacrificio humano, el autosacrificio adquirió un elevado valor espiritual. Cristo enseña que el acercamiento a Dios impone indiferencia o rechazo del cuerpo, impone trascender el dolor y encontrar dentro de sí el fervor religioso por el sufrimiento. La automutilación es una forma de sentir a Dios. Asemejarse a Cristo es no tener miedo a la muerte, ni deseos sexuales, ni ansiar cualquier otro placer. Cristo muere en la Tierra pero vive su resurrección. Lo que les queda a los hombres es imitarlo, autoimponerse castigos y penitencias, internalizar su sacrificio, en suma, vivir para sufrir.

Existen casos en los que las descripciones de los ritos paganos hechas por los cristianos de los siglos III y IV resultan similares a las que después hicieron los cristianos de los indios de América. El orden es el mismo: la primera causa de horror son los sacrificios humanos, los sacrificios sangrientos y la antropofagia; la segunda: el adulterio, la obscenidad y las perversiones sexuales.

Del mismo modo como aún hoy se acostumbra desprestigiar al enemigo, los cristianos difundieron relatos sobre las atrocidades sexuales cometidas por los paganos. Estos relatos sirvieron para identificar a los no cristianos con diablos que entregaban a sus mujeres a

<sup>27</sup> Pablo Escalante Gonzalbo, "Cristo, su sangre y los indios. Exploraciones iconográficas sobre el arte mexicano del siglo XVI", p. 72 y ss., en Helga von Kügelgen (ed.), *Herencias indígenas, tradiciones europeas y la mirada europea. Actas del Coloquio de la Asociación Carl Justi y del Instituto Cervantes de Bremen*, Bremen, 6-9 abril, 2000, Frankfurt am Main, 2002.

<sup>28</sup> Carmen Bernard y Serge Gruzinsky analizan la tendencia de los religiosos españoles de establecer analogías entre lo prehispánico y lo cristiano, de introducir sustituciones como la de los ídolos por los santos patronos y de transformar los paralelismos entre ambas religiosidades en identificaciones como en el paso de las múltiples fiestas indígenas a las cristianas. Véase *op. cit.*, "VI. Extirpaciones", p. 129- 171.

la lujuria y el adulterio, que cometían incesto con sus padres, consentían los embarazos ilegítimos, la homosexualidad, etcétera.

El concepto bíblico de pureza está expresado en la compleja y rígida reglamentación la vida sexual y su exclusiva orientación a la reproducción. El *Levítico* muestra los diversos tipos de sacrificios que reclama Yahvé y cómo las uniones ilícitas, las incestuosas y los pecados contra natura se perdonan sólo con sacrificios. La tendencia al morbo sexual la aprendieron los primeros cristianos de los judíos, pero, sobre todo, de los conversos de las religiones esotéricas y gnósticas ascéticas y de los maniqueístas que apoyaban las nociones del Bien y el Mal, de la pureza y la impureza, en la contención sexual y alimenticia.

La consideración judeocristiana de que la sexualidad libre es impura procede de haberla relacionado con la violencia, el caos, y la reproducción desordenada. Cualquier impureza se consideró un peligro para la cohesión de la comunidad. En cambio, el control de los instintos libidinales significó el dominio de la naturaleza salvaje por la cultura. El raptó, la violación, la desfloración, el adulterio, el incesto y los pecados nefandos son propios de la guerra, pero aún en tiempos de paz provocan pleitos, querellas y batallas; son una permanente ocasión de desorden. Los hijos ilegítimos son hijos de la violencia.

Los sacrificios cruentos fueron muy comunes en los pueblos agrícolas y se vincularon estrechamente con los ritos de fertilidad. La sangre derramada era lo fundamental. Era el poder que caía sobre la tierra y hacía germinar las semillas. Era rociada en los campos para hacer crecer los frutos. La sangre alejaba los males, ordenaba el cosmos, mantenía la armonía y generaba vitalidad. De ahí que los sacrificios estructuraran el calendario conforme la siembra y la cosecha.

Para muchas religiones la sangre es un elemento purificador, pero puede ser impuro si es sangre menstrual, sangre de la desfloración violenta de una mujer virgen o sangre de un hijo ilegítimo. De ahí que, como el cristianismo, la sexualidad femenina se acepte sólo para la procreación. La represión de la libertad sexual es entonces el sacrificio que garantiza la reproducción controlada de la comunidad.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> La sobreatención dada por los cristianos a las conductas sexuales y la historia de la legislación de la sexualidad en el occidente medieval y moderno son estudiadas extensamente por James A. Brundage, *La ley, el sexo y la sociedad cristiana en la Europa Medieval*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.



Como hemos mencionado antes, algunos de los primeros soldados y clérigos que llegaron a las Indias, al justificar la guerra de Conquista, pasaron de la reprobación de los sacrificios sangrientos y la antropofagia a la reprobación de las prácticas sexuales (promiscuidad, sodomía, adulterio e incesto). No obstante, otros cronistas negaron tales delitos y vieron coincidencias entre el código moral cristiano y el prehispánico. Según esto, para los indígenas, la virginidad tenía un valor elevado, el incesto era severamente castigado, la prostitución rechazada y a los violadores, los adúlteros y los homosexuales se les aplicaba la pena de muerte.<sup>30</sup> La relación entre sacrificio, sexualidad y reproducción es clara si, como afirma López Austin, el himen íntegro de la mujer prehispánica se equiparaba a una joya, específicamente a un chalchihuite, la piedra verde del sacrificio.<sup>31</sup>

Entre los totonacos, decía Mendieta, había una diosa de los cielos, mujer del Sol “que no quería recibir sacrificios de muertes de hombres, antes los aborrecía y prohibía”. Amaba los sacrificios de pájaros. “Tenían gran esperanza en ella que por su intercesión les había de enviar el sol a su hijo para librarlos de aquella dura servidumbre que los otros dioses les pedían”.<sup>32</sup> Mendieta la reconoce como antecedente de María y así reconoce también a una diosa pecadora —la antecesora de Eva— que a veces se convertía en culebra y otras en moza muy hermosa para seducir a los mancebos y luego matarlos.<sup>33</sup>

En el templo cristiano, en el lugar de los sacrificios, de las misas, los fieles indígenas —hombres y mujeres— tendrían que constatar su pertenencia al nuevo código moral. El momento de la comunión, el momento de la eucaristía, les evocaría recuerdos antiguos de los tiempos de sus sacrificios. En la última cena Jesús se había ofrecido en sacrificio, había convertido el pan y el vino en su cuerpo y sangre y los había distribuido para ser ingeridos por los apóstoles. Con ello les había dado el poder de consagrar y sacrificar a la divina víctima que se inmola en la misa. Su sangre sería derramada para la remisión de los pecados. A través de la eucaristía, el fiel recibiría el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo bajo la forma del pan y el vino. La promesa de Cristo era: “El que come mi carne

<sup>30</sup> Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, v. 1, p. 345-355.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 545 y nota 86

<sup>32</sup> Mendieta, *op. cit.*, p. 89.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 91.



y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día”.<sup>34</sup> En esta antropofagia ritual, en esa comunión del creyente con lo sagrado, en esa ingesta de la víctima sacrificial, del alimento espiritual, Dios estaría realmente presente según la interpretación católica y cristiana. Aquí, Dios se ofrecería a sí mismo en sacrificio, como los dioses mesoamericanos en el sacrificio original generador del orden cósmico.

Al parecer, los cristianos y los mexicas se encontraron, gracias a los mediadores paganos, en su elevada religiosidad, en la exaltación del sacrificio, o sea, de lo sacro. Desde ahí, hicieron todos los intercambios posibles para que el sacrificio siguiera siendo, hasta hoy, la cruz de los mexicanos.

<sup>34</sup> San Juan, cap. 6, p. 1353, en *Sagrada Biblia*, *op. cit.*



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS